
El Sumario de Gonzalo Fernández de Oviedo

A Jaime García Terrés

Cada uno llama barbarie a aquello
que no es su propia costumbre.

MONTAIGNE

«Sobre los caníbales» *Ensayos*

Nacido en Madrid, en agosto de 1478, de familia hidalga, Gonzalo Fernández de Oviedo, «el primer cronista oficial de las Indias, el historiador paciente, minucioso y juicioso de la naturaleza física de América», como lo llama Antonello Gerbi¹ habría de comenzar su vida por las mismas fechas en que los Reyes Católicos iniciaban su reinado, muriendo en el año en que abdicaba Carlos V, retirándose definitivamente a Yuste, en 1557.

Su existencia y escritos habrían de coincidir, por lo tanto, con el punto de máxima expansión del poder imperial de España, y su marco histórico no sólo incluiría la finalización de la reconquista, contra los moros, el firme asentamiento de los pendones ibéricos en la península itálica, la ascensión al trono imperial de un monarca español sino también, en ámbitos distintos al europeo, con el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, en la cual él participaría muy de cerca, y con el primer viaje en torno al globo.

Este cortesano madrileño del siglo XVI habría de viajar media docena de veces al Nuevo Mundo, y finalmente habría de morir allí, en Santo Domingo, donde había residido sus últimos 25 años. Sin embargo, antes de su partida a Las Indias, el 11 de abril de 1514, como veedor de las fundiciones de oro, escribano mayor de minas y del juzgado de heriar a los indios, centro de la expedición de 2.000 hombres y 22 navíos que comandaba Pedrarias a Castilla de Oro, Oviedo ya había hecho un dilatado periplo europeo que incidiría de modo definitivo en su formación.

El Dios de las tijeras

El Madrid de 1478, una mediana villa de no más de 3.000 vecinos, no lo vería mucho tiempo. A los 12 años, y en Sevilla, era paje del joven duque de Villahermosa, de

¹ ANTONELLO GERBI, *La naturaleza de las Indias Nuevas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, Segunda Parte: «Gonzalo Fernández de Oviedo», p. 149-477.

su misma edad; y en 1493, mozo de cámara del príncipe Don Juan, recibiendo 8.000 maravedís anuales. Ya estaban allí presentes algunas de las preocupaciones básicas de su futura existencia: la nobleza, el dinero y, no mucho más tarde, la literatura. Su caligrafía, «acompañada y meticulosa», como la describe Juan Pérez de Tudela² habría de ser una de sus armas preferidas, ya sea como corresponsal, pleitista, procurador, escribano, historiador y memorialista, para vivir, subsistir, y perdurar.

Pero otra habilidad, también manual, sería la encargada de abrirle las puertas de las cortes europeas: su capacidad sorprendente para recortar con tijeras figuras de papel. La muerte de Don Juan, el 4 de octubre de 1497, trunca, por un momento, la carrera cortesana de Oviedo, quien viaja a Italia, en busca de mejores aires.

Génova (1499), Milán, donde conoce a Ludovico Sforza, el Moro, y a Leonardo, el pintor. Ambos se maravillan con su arte y el primero, el Duque, lo calificará, a la usanza romana, como «el Dios de las tijeras». Mantua, luego, donde entra al servicio de Isabel de Aragón, viuda del Marqués Francisco de Gonzaga, y conoce a Mantegna; Roma, donde traba relación con los Borgia: Juan, sobrino del papa Alejandro VI, y Lucrecia, «a la cual yo vi muchas veces»: tales son algunas de las etapas de su itinerario.

Erasmista y anticlerical, su peregrinación italiana parece terminar, en 1500, cuando entra el servicio de Don Fadrique, rey de Nápoles. Pero no puede disfrutar mucho tiempo del delicioso esplendor del Renacimiento italiano. Luis XII y Fernando V despojaron a Don Fadrique del trono y éste despidiéndose de su hermana, la reina viuda Doña Juana, le cede a Oviedo como guardarropas, cerrando así este sus tres años italianos en Palermo dentro del mismo ámbito nobiliario en que los había iniciado, pero sensiblemente transformado.

Era, por su formación mental, «un italiano del primer Cinquecento»³. Leía libros en toscano, que lo acompañarían toda su vida; amaba los *Triunfos* de Petrarca; conoció humanistas, pintores y escritores; se había refinado. Escribió, incluso, algún mal poema: era otro.

Un oscuro escribano madrileño

Podía volver a «mi patria», como llama a Madrid, donde ya lo tenemos en 1502 asignado por los reyes Católicos al servicio de Fernando de Aragón, duque de Calabria. No son muchas las referencias sobre su estadía en España, entre su regreso de Italia y su partida al Nuevo Mundo, en 1514, pero si conviene resaltar algunas de ese oscuro período. En 1506 es nombrado «notario apostólico o secretario del consejo de la Santa Inquisición». En la primavera de 1507 se casa con Margarita de Vergara —la primera de sus tres mujeres— obteniendo, antes de terminar el año, una escribanía en Madrid.

² JUAN PÉREZ DE TUDELA, «Vida y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo», estudio preliminar a su edición de la *Historia General y Natural de las Indias*, de Oviedo, Biblioteca de Autores Españoles, Tomos CXVII-CXXI, Madrid, Ediciones Atlas, 1959, p. VIII-CLXIX.

³ GERBI, *Ibid.*, p. 163.

Su mujer, en su primer parto, perdió el hijo, y sus cabellos, «que eran como una madeja de oro» se le volvieron, en aquella dura noche, «tan blancos como agora están los míos, o como es las márgenes a queste papel», según recordara Oviedo muchos años más tarde.

Será luego uno de los secretarios del Gran Capitán, Don Gonzalo Fernández de Córdoba, duque de Terranova, en su frustrada expedición a Italia. Esto lo dejó de nuevo en Madrid, habiendo gastado lo que no cobró y con la bolsa muy escuálida. De seguro, para reponerse de ello, obtiene los siguientes cargos, según informa Francisco Esteve Barba: «fundición e marcación, la escribanía de minas e del crimen e juzgado y el oficio del hierro de los esclavos e indios»⁴, otorgados mercedes a los buenos oficios del secretario del Consejo para Asuntos de Indias, Lope Conchillos, ahora su socio. Oficial del rey, en la expedición de Pedrarias Davila, Oviedo se embarcaba como el más amplio fiscalizador de esta empresa, que partía incitada por promesas tan halagüeñas como las que Vasco Núñez de Balboa, desde la remota Santa María la Antigua del Darien, ofrecía viendo el 25 de septiembre de 1513, el otro mar, el mar que debería conducir a las islas de la Especiería. Esta era una notable expedición en la cual, además de Oviedo, viajaban Bernal Díaz del Castillo, Hernando de Soto, Sebastián de Benalcázar, Pascual de Andagoya, Diego de Almagro, Gaspar de Espinosa. En esta ocasión las 22 naos traían algo más que delincuentes⁵. Y las riquezas del Darien, que habían llevado a Fernando V a rebautizar la región con el nombre de Castilla de Oro, eran el apetecido señuelo que la encaminaba.

Así el 12 de julio de 1514, por primera vez, Gonzalo Fernández de Oviedo la tierra americana, desembarcando en Santa Marta. Se les lee a los indios el famoso Requerimiento, y ellos, ya curados en salud por anteriores entradas de los españoles, responden con flechas «enherboladas», a causa de las cuales muere, tres días después, uno de los compañeros de Oviedo, «rabiando».

Imágenes iniciales

Oviedo, ants que fijarse en el paisaje, en los árboles y las plantas, vería, de un lado, a los indios con la piel roja por el tinte de la bija, aullando, en forma ensordecedora, y defendiéndose con macanas y flechas envenenadas. Y del otro a los españoles leyéndoles proclamas incomprensibles, agrediéndolos, y lanzándose luego a las ocupaciones habituales: cateo de minas y violación de sepulcros, guazarabas con las tribus, rancheo e incendio de los poblados, prendimiento y esclavitud o muerte para los rebeldes, y apropiación de sus mujeres. Una secuencia que no dejaría de repetirse a todo lo largo de la costa del Caribe, desde la desembocadura del Orinoco hasta el Cabo de Gracias

⁴ FRANCISCO ESTEVE BARBA, *Historiografía indiana*, Madrid-Buenos Aires, Editorial Gredos, 1964, p. 63.

⁵ Dice Gerbi, *Ibid.*, p. 390: «cuando las Indias no tenían aun fama de riquísimas, los Reyes Católicos dictaron disposiciones para poblarlas con delincuentes, dando órdenes a todos los jueces de Castilla para que «los que oviessen de sentenciar a muerte, o a cortar la mano o el pie, o a darles otra pena corporal e infame, los desterrasen para estas Indias».

a Dios. Y que se complicaría, muy pronto, con las embrolladas pugnas entre los propios conquistadores⁶.

Los pleitos de Oviedo con Pedrarias integrarían, por sí solos, un copioso volumen de torcidas intenciones, de parte y parte, pero con un incidente menor dentro de la vasta querrela de Pedrarias con Vasco Núñez de Balboa, a quien culpaba del fracaso de su expedición y a quien terminaría degollando, en 1519. Además ya Pedrarias empezaba a elucubrar el abandono de la próspera Santa María la Antigua del Darien con sus cien casas (allí tuvo Oviedo su primera residencia propia en tierra americana), quinientos españoles y mil quinientos indios, que eran esclavos domésticos o «nabories», en pos de riquezas mucho más dilatadas: las que Panamá parecía ofrecerles, en esa reiterada cadena de espejismos o «Dorados» que conforman estos primeros 50 años en que se dio la conquista del territorio americano. Sólo que a Oviedo, en esta ocasión, no le fue tan mal: en 10 meses había ganado 250.000 maravedíes. Su cargo resultaba ser también un pingüe negocio. Aún así, en la primavera de 1515, Oviedo decide regresar a España.

Interregno europeo

En 1516 ya lo tenemos en Bruselas donde delante de la serenísima princesa Margarita usa, por última vez, sus célebres tijeras, participando de nuevo en la danza de la corte. Muere el rey Fernando (23-I-1516) y se desplaza Oviedo hasta Flandes, en pos del nuevo monarca, el joven Carlos I de España. Este lo enviará a entrevistarse con el cardenal Cisneros al cual le dará cumplidas quejas del comportamiento de Pedro Arias de Avila, el aborrecido Pedrarias. Oviedo, el viejo criado de la corte era un hábil intrigante, con marcado «espíritu comercial»⁷, y en ese proceloso mar se movía como pez en el agua.

Además, no hay duda, creía en su rey y en la monarquía que éste encarnaba. Mientras asciende la estrella de Carlos, Oviedo adelanta sus *Genealogías de los Reyes de Castilla* o *Catálogo Real* y publicaría, en Valencia, en mayo de 1519, una novela de caballería⁸.

⁶ Sobre los conquistadores, en esta porción de América, la bibliografía es vastísima. Cito sólo algunos pocos libros consultados: F. A. KIRPATRICK, *Los conquistadores españoles*, Cap. IV, «El mar del Sur», Madrid, Espasa Calpe, Colección Austral, n.º 130, la edición: 1940. 8a: 1970, p. 39-47. DIEGO LUIS MOLINARI, *Descubrimiento y conquista de América*, Cap. VII, «Empresas, Descubrimientos, Conquistas», Buenos Aires, Eudeba, 5.ª edición: 1983, p. 125-160. PIERRE CHAUNU, *Historia de América Latina*, Cap. I, «El siglo de los conquistadores (1492-1550)», Buenos Aires, Eudeba, 8ª edición: 1976, p. 15-27 y, sobre todo, el libro de CARL ORTWIN SAUER, *Descubrimiento y dominación española del Caribe*, Caps. XI a XV, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 327-419.

⁷ GERBI, *Ibid.* p. 199.

⁸ Curiosamente Irving A. Leonard, en el estudio clásico sobre el tema —*Los libros del conquistador*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª edición: 1979,— no cita a Oviedo ni en la bibliografía ni en el índice analítico, aun cuando en la nota 5 del capítulo II reproduce, tomado de Henry Thomas, *Spanish and Portuguese Romance of Chivalry*, 1920, «una lista muy útil de libros de caballería del siglo XVI», en la cual aparece, fechado en 1519: un *Claribalte*, sin nombre de autor. Una verdadera lástima, ya que seguramente se trata de la misma novela de Oviedo. Oviedo, conquistador e historiador de las Indias y a la vez autor de una novela de caballería: Leonard, de saberlo, le hubiera dedicado otro de sus inteligentes y amenos capítulos.

Su título lo dice todo: *Claribalte: libro del muy esforzado e invencible caballero de Fortuna Don Claribalte, nuevamente emprimido y venido en esta lengua castellana: el cual procede en nuevo y galán estilo de hablar, por medio de Gonzalo Fernández de Oviedo, alias de Sobrepeña, vecino de la noble villa de Madrid.*

Las ensoñaciones de la caballería andante y la realidad del oro americano: en Oviedo, como en tantos otros españoles de la época, la rapacidad convive con la hidalguía, el más sublime platonismo con el más crudo materialismo, y el alborear renacentista con el ocaso de la Edad Media. Como lo dice Antonello Gerbi, en el mejor estudio existente sobre Oviedo, incluido en su libro *La naturaleza de las Indias Nuevas*, 1978, en el Renacimiento español, al lado de los elementos innovadores y progresistas, sobreviven tenaces elementos medievales:

Del romancero a la «encomienda», del sueño imperial de Carlos V a la filosofía de Suárez, las creaciones más típicas de la Edad Media, el feudalismo, la caballería, la monarquía universal, la escolástica, reviven y vuelven a florecer en el primer «siglo de oro» español (pág. 365). Agregando: Oviedo, apenas hace falta repetirlo, es un firme creyente católico, un hidalgo y un español, con toda altivez e incluso toda la vanagloria de su nación y de su rango, un funcionario cuya lealtad al emperador conserva todavía mucho de la devoción del vasallo a su señor (pág. 366).

O de aquel que fue armado caballero a su código de honor.

Administrador v.s. Utopista: Oviedo y Las Casas

Por la misma época en que el rey Carlos es elegido Emperador (6-VII-1519) Oviedo se halla embarcado en algo más que una batalla cortesana, en contra de Fray Bartolomé de Las Casas. Es una de las disputas decisivas que promovió el descubrimiento. Sintetizada, en forma por demás esquemática, sería así: mientras Las Casas defiende a los indios Oviedo se muestra escéptico sobre ellos: hay que sojuzgarlos; y mientras Las Casas busca para su fundación en Cumaná el concurso de labriegos, Oviedo exige, en su capitulación con respecto a la gobernación de Santa Marta, donde, entre paréntesis, estaba situada la comarca de Cenu, la más rica en promesas de oro de toda la costa, cien hábitos de la orden de Santiago para que otros tantos «hijosdalgos en quien concurren la limpieza del linaje y las otras cualidades con que suele admitir este hábito clerical».

El bucólico-caritativo, que buscaba remedios evangélicos para la corrupción imperante en las Indias, se contrapone así al caballeresco con conciencia de clase, que también quería llevar adelante sus propias reformas. Pero el esquema ideal de gobierno deviene muy humana polémica y así vemos a Las Casas calificando a Oviedo de «infamador, temerario, falso, embaydor, inhumano, hipócrita, ladrón, malvado, blasfemo y mentiroso» mientras Oviedo no pierde oportunidad de recordarle —y recordarnos, con sus escritos— el fracaso de Las Casas en Cumaná. Como dice Gerbi ésta fue una muestra más de «el eterno conflicto del administrador con el utopista, del burócrata con el ideólogo»⁹.

⁹ GERBI, *Ibid.* p. 265.

Oviedo, funcionario fiscal, administrador, magistrado, hombre de negocios y no de armas ni mucho menos de religión, que había llegado a los 36 años a las Indias, era partidario de las razones de Estado y la eficiencia pragmática. Pero su polémica con Las Casas se hallaba inserta dentro de un problema más vasto: no solo aquel referente al destino de los indios, si tenían o no alma, sino aquel que parecía regir el destino de estas tierras, desde la llegada de Colón, y que J. H. Elliot, en su libro *El viejo mundo y el nuevo (1492-1650)*, 1972, ha resumido así: «Oro y conversión: estos fueron los dos logros más inmediatos y evidentes de América y los más fácilmente asociados al nombre del descubridor»¹⁰, y, añadiríamos, a todos los que luego continuaron su empresa, Oviedo y Las Casas incluidos.

Asociándose con el Diablo

Vuelve Oviedo a América a principios de 1520 pero la muerte del nuevo gobernador Lope de Sosa apenas su nave arribaba a Santa Marta lo deja solo enfrentado a quien tanto había criticado: Pedrarias. Muere, además, uno de sus hijos, de ocho años, y él, habilidoso, prefiere dedicarse al comercio de perlas y aliarse con el Diablo: al salir de Panamá, en 1522, para regresar al Darien, Oviedo va nada menos que como teniente del gobernador Pedrarias en Santa María la Antigua. Un cargo más para añadir a los varios nuevos que había acumulado: escribano general de la provincia de Castilla de Oro, receptor de penas de cámara y regidor perpetuo en la misma Santa María.

Allí muere su segunda mujer y se lanza, con gran empeño, a convertir en realidad sus ideas sobre el gobierno de estas tierras. Ordena, por pregón, que nadie tenga manceba y hace quemar publicamente, en la plaza, «todos los naipes que había en el pueblo». Solo que el severo reformador es también un capitalista ingenioso: vende hachas de baja calidad a los indios vecinos y cuando estas pierden su filo envía un barco con piedras de afilar camufladas. Así devuelve nuevas y cortantes las ya romas hachas y gana el doble con tal artimaña. Pero los indios, en otro viaje, le incendian el bergantín a Oviedo y sus socios y éste debe canalizar su ambición por otros rumbos.

A 26 de junio de 1523 y por capitulación que refrenda el secretario Cobos se le otorga a Oviedo la tenencia de la fortaleza que él habría de construir a su propia costa en la isla de Codego o en el puerto de Cartagena y también monopolio para rescatar en 12 o 15 leguas alrededor de Cartagena, islas de Barú y San Bernardo, pagando a la corona el célebre quinto de lo que obtenga.

Tampoco podrá concentrarse en esta empresa. En el Darien lo aguardan nuevos problemas. Los indios se rebelan; su rival, el bachiller Corral, lo reemplaza en su cargo, como teniente del gobernador Pedrarias y Oviedo, apuñalado en la cabeza por un tal Simón Bernal y acuchillado dos veces más en el hombro izquierdo, padece, en carne propia, todas las dramáticas tensiones del conflicto indiano. En esta ocasión, las de los conquistadores que uniéndose con indias quieren para sus hijos los mismos privilegios

¹⁰ J. H. ELLIOT, *El viejo mundo y el nuevo (1492-1650)*. Madrid, Alianza Editorial, 1972, p. 24.

que los de los nacidos en España. Ir y venir, entonces, de los procuradores con sus informes ante el Rey y el Consejo, eternos pleitos y juicios de residencia, y la realidad que va cambiando, por sí sola y sin mucha ayuda de las leyes, que ya entonces se acatan pero no se cumplen.

Para escapar, de seguro, a todo ello, Oviedo huye a Cuba, en un barco precario, y en 1523 vuelve a España en la misma nave en que viajaba el Almirante Don Diego Colón. De su padre, seguramente, hablaron, a quien Oviedo había visto, cuando niño, de regreso de su primer viaje, entre plumas y papagayos. Solo que antes de embarcarse de regreso a España, Oviedo se casaría en Santo Domingo, por tercera vez. Un estudio de la vida de Oviedo, Enrique Otte, da pie para un balance económico de la vida de Oviedo en este período, aventurando un cálculo de sus ingresos, entre 1520 y 1523, de 278.783 maravedís.

Luego, ya en España, volvería a escribir feroces memoriales en contra de Pedrarias, obtiene el nombramiento de gobernador de Cartagena, en 1525, cargo que nunca ejercerá, y un año después el privilegio para imprimir y poner a la venta su traducción del *Laberinto de amor*, de Boccaccio, traducción hecha del toscano al romance castellano. También en aquel mismo año, 1526, redacta, según es presumible, para satisfacer el interés del propio César, Carlos I de España y V de Alemania, su breve tratado, en 86 capítulos, intitulado *De la natural historia de las Indias*; es decir: su celeberrimo *Sumario*¹¹.

El sumario

Un libro admirable que en poco más de cien páginas, en la edición facsimilar, constituye la más sintética y valiosa introducción al tema. En esta «breve suma», y como «testigo de vista», Oviedo, quien ya ha pasado 12 años en las Indias, ofrece con una amenidad nunca exenta de poesía, y con una precisión, insospechada para la época, lo que su memoria conserva de más destacado de las nuevas tierras.

Son, todas ellas, viñetas de trazo fino, hechas con nitidez y pulso firme. Varias de ellas releídas hoy, cuatro siglos después, o más concretamente, 460 años, tienen la fresca y sugerente autonomía de un trozo de prosa válido por sí mismo. Describiéndonos vegetales, animales, peces y hombres, nos permite, mejor que nadie, recobrar la que fue una primera, e inteligente mirada sobre el Nuevo Mundo. El mismo, en la «Dedicatoria», nos da el sucinto índice de este *Sumario*: «E primeramente tratare del camino y navegación, y tras aqueste diré de la manera de gente que en aquellas partes habitan; y tras éste, de los animales terrestres y de las aves y de los ríos y fuentes y mares y pescados, y de las plantas y yerbas y cosas que produce la tierra, y de algunos ritos y ceremonias de aquellas gentes salvajes».

¹¹ La portada de la edición original dice, simplemente: *Oviedo de la natural hystoria de las Indias*. En su primera página es donde dice: «*Sumario de la natural y general historia de las Indias, que escribió Gonzalo Fernández de Oviedo alias de Valdes natural de la villa de Madrid vecino e regidor de la ciudad de Santa María del antigua del Darien: en tierra firme*». Ver, al respecto, la edición facsimilar y no venal de 3.000 ejemplares hecha en Madrid, por Espasa Calpe, en 1978, con «Nota preliminar» de Juan Pérez de Tudela, p. 13-16.

Sin papeles a la mano, y sólo con lo que el recuerdo le trae intacto, Oviedo nos habla de los 40 días de viaje; de esa tierra, la Española, «de muy lindas aguas y templados aires», y de Santo Domingo, la ciudad de 700 vecinos, donde «baten las ondas en viva peña y costa brava», y «surgen las naos cargadas junto a tierra y debajo de las ventanas».

Todo el mundo americano, tan sorprendente en sus productos naturales —el maíz, la yuca, el boniato— como en sus animales —su retrato de la iguana bien puede integrar la más exigente página de la Zoología Fantástica— va surgiendo, renglón tras renglón, con el carácter de pequeños apuntes inolvidables.

Allí están los indios que les hablan a los peces-rémoras, dándoles las más sinceras gracias por haberles permitido capturar, gracias a su ayuda, otros peces; y allí están ese mar y esas tierras recorridas por especies tan insólitas como el manatí, el armadillo y las tortugas, que el buen Oviedo trata inútilmente de ajustar dentro de las categorías de su leída *Historia Natural* de Plinio, escapándosele de su pluma y comenzando a vivir en un ámbito propio.

Un mundo de colores encendidos, de brisas enervantes, de solemnes y tranquilos paisajes, de una morbidez casi femenina, un mundo en el cual desentonarían los rugidos y los ladridos, el mundo tropical y caribeño de las Antillas, el mundo de Panamá y Nicaragua, que es el único que Oviedo conoció con sus ojos voraces y estupefactos ¹².

El de Bohios, canoas, en que viajan hasta cien hombres, hamacas, la fibra del he-nequen capaz de cortar el hierro, los areítos que cantan y danzan los indígenas manteniendo así una memoria oral de sus antepasados, las chaquiras con que se adornan, y sus mujeres, gentiles al máximo, «que de grado se conceden a quien las quiere, en especial las que son principales, las cuales ellas mismas dicen que las mujeres nobles y señoras no han de negar ninguna cosa que se les pida, sino las villanas». Mujeres, tan actuales, que «no tienen fin a ser viudas, ni religiosas que guarden castidad. Tienen muchas de ellas por costumbre que cuando se empuñan toman una yerba con que luego mueven y lanzan la preñez porque dicen que las viejas han de parir, que ellas no quieren estar ocupadas para dejar sus placeres, ni empuñarse, para que pariendo se les aflojen las tetas, de las cuales mucho se precian, y tienen muy buenas».

Oviedo, sagaz (y salaz) observador, va introduciendo así, poco a poco, un mundo de nuevas palabras —y nuevas realidades— en la conciencia de sus lectores europeos. Un mundo mágico donde los indios, habilísimos nadadores, se camuflan debajo de calabazas, se deslizan por los pantanos y esperan que sobre ellas se posen las garzas, para capturarlas. Un mundo peligroso, cuya tierra semeja tener vida propia, cruzada por esas serpientes «que de noche parecen una brasa viva, y de día son casi tan coloradas como la sangre». Un mundo que parece resumirse, en su punto más alto, cuando Oviedo paladea, volviendo golosa la escritura, el sabor de esas frutas tropicales —el mamey, la guayaba, «de lindo sabor templado, con un agrio suave y apacible», el aguacate, «que hace mucha ventaja a las peras» de España, las piñas y los plátanos, y sobre todo, el agua de coco, para cuyo elogio el idioma ya va resultándole de todo insuficiente. «Be-

¹² GERBI, *Ibid.* p. 347.

bida es la más sustancial, la más excelente y la más preciosa que se puede pensar ni beber, y en el momento parece que así como es pasada del paladar ninguna cosa ni parte queda en el hombre que deje de sentir consolación y maravilloso contentamiento. Cierta parece cosa de más excelentes que todo lo que sobre la tierra se puede gustar, y en tanta manera, que no lo sé encarecer ni decir».

En ese mundo, en que «el principal hortelano es Dios», y los árboles nunca pierden sus hojas, Oviedo presta atención a todos sus elementos. Así, con profundo conocimiento de causa, dedica notas a los entierros y al huracán, a la chicha y a la singularidad de esos animales, como el oso hormiguero, tan distinto de los osos que conoció en España, o como el perezoso, llamado «perico ligero», en paradójico contraste, que le lleva a decir: «ni he visto hasta ahora animal tan feo ni que parezca ser más inútil que este», o el alcatraz, en cambio, que «es una gran deleitación verlo todos los días del mundo».

Su finura para comparar resulta siempre ilustrativa, como cuando refiriéndonos al pájaro mosquito nos dice: «Sin duda parecía en la sotileza de sus piernas a las avecicas que en las márgenes de las horas de rezar suelen poner los iluminadores»; y sus teorías, muy curiosas, como cuando refiriéndose a la disminución de los sapos reflexiona en esta forma: «la causa es que, como la tierra se va desabahando y tratándose de los cristianos, y cortándose muchos árboles y montes, y con el hálito de las vacas y yeguas y ganados, así parece que visible y palpablemente se va desenconando y deshumedeciéndose, y cada día es más sana y apacible».

La prosa llana de Oviedo nos va revelando un naturalista de primer orden; un precoz ecólogo; un sincero admirador del Nuevo Mundo, que en tantas páginas recalca como en América las cosas son mayores, mejores y más dulces que en España; e incluso un economista que ya terminando el libro elabora una breve monografía sobre las minas de oro —al fin y al cabo también debía hablar de su experiencia como vendedor— asentando una conclusión que no dejaremos de oír luego, repetida en muchas formas. Se refiere a los innumerables tesoros que «han entrado a Castilla por causa de estas Indias» y se lamenta: «Testigos son estos ducados dobles que vuestra majestad por el mundo desparce, y que de estos reinos salen y nunca a ellos tornan». Así concluye, con gran penetración visionaria, su testimonio Oviedo, «el menor de los criados de la casa real de vuestra sacra, católica, cesarea majestad», según la fórmula habitual.

Fuera de los escritos de Colón y Vespucci sólo circulaban, por aquellas fechas, las *Décadas* de Pedro Mártir (1518), en latín; la *Suma de geografía*, del bachiller Martín Fernández de Enciso (1519) y las cartas de relación de Hernán Cortés, la primera de ellas fechada el 10 de julio de 1519, pero no muchos más. Sólo que el *Sumario* de Oviedo parece dejarlos a todos atrás, por su concisa brevedad y su larga excelencia. Por la riqueza de su economía, el primer viaje de Colón es apasionante, en el dosificado suspenso de su magna hazaña, su obsesión con el oro, su afán de encontrar en todo cuanto veía lo que ya había descrito Marco Polo y la propia, reconocida, y lamentada, incapacidad del Almirante para diferenciar árboles y plantas, sin hablar, luego de sus delirios bíblicos y oníricos, el *Sumario* de Oviedo se torna indispensable, por su apego a los hechos, para descubrirnos, entre los visajes medievales, el fresco rostro de un continente aún no hollado.

Gerbi, como siempre, ha resumido magistralmente su carácter:

Redactado con menos ambiciones y con menos preocupaciones «oficiales» que la *Historia*; (Oviedo no recibió el nombramiento de «cronista general de Indias» hasta 1532); dedicado casi por entero a las noticias zoológicas, botánicas y etnográficas, con breves «excursos» sobre temas de actualidad administrativa, los indios, las minas de oro, el derrotero hacia las islas de las especias; destinado sobre todo a darle al Soberano «alguna creación», el *Sumario* es tan rápido, vivaz y, digamos también por cierta tendencia al sensacionalismo «periodístico», como la *Historia* es grave, circunspecta, difusa, enciclopédica.

Finalmente, mientras en el *Sumario*, redactado casi sin apuntes en Toledo, el esfuerzo de recordar se endereza hacia las Indias, en la *Historia*, escrita sosegadamente en Santo Domingo, la mirada de la memoria está dirigida a menudo hacia el Viejo Mundo, y es mayor y mayormente palpable la complacencia de evocar recuerdos y otras señales de una buena familiaridad con la civilización europea.

Conclusión: el *Sumario*, «por rapidez de estilo e icástica novedad de descripciones es quizás su obra maestra»¹³. Así lo entendieron sus contemporáneos, traducándolo inmediatamente al latín, al italiano (1534), al inglés (1555), justificando que el autor lo hubiera mandado editar, por su propia cuenta y riesgo, en casa del maestro Ramón de Petras, en Toledo, donde se terminó de imprimir el 15 de febrero de 1526.

Vendedor de santos y real cronista de Indias

En 1528 tenemos de nuevo a Oviedo en tierra americana. Esta vez en Nicaragua, y más concretamente en León, donde levanta casa propia y se dedica a vender santos y demás objetos de culto a la iglesia del pueblo. El erasmista había quedado atrás. Allí, también continúa debatiéndose en el habitual clima de intrigas: lo ponen preso, se escapa, se refugia en una iglesia. Pero Oviedo, alma contradictoria, continúa componiendo en medio de tal atmósfera, su *Libro del blasón*, sobre escudos, armas, y preeminencias nobiliarias, mientras prospera su comercio con esclavos indios.

«La hábil hipocresía» de Oviedo, como la llama Pérez de Tudela¹⁴ no le impide mantener sus intereses como naturalista, y allí lo tenemos también asomándose a la boca del volcán Masaya y anotando las virtudes del aceite de cacao, aplicado a sus propias llagas.

A los 52 años vuelve a España donde el clima había cambiado: en 1529 el Consejo Real dicta una solemne declaración contra la encomienda y en 1530 una previsión anti-esclavista. Oviedo, olfateador de nuevos vientos, concluye, en abril de 1532, su *Catálogo real*, relación de emperadores y sumos pontífices desde Julio César y San Pedro hasta Carlos V y deja atrás esos 18 años, de 1514 a 1532, en que fuera veedor de minas y de las fundiciones de oro. Estos dos breves documentos dan una cabal idea del viraje definitivo que experimentaría desde entonces el destino de Oviedo.

El primero, fechado el 7 de mayo de 1532, es una consulta del Consejo de Indias proponiéndole al monarca lo siguiente:

¹³ Esta, y la anterior cita, GERBI, *Ibid.*, p. 267 y p. 252.

¹⁴ JUAN PEREZ DE TUDELA, «Vida y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo», *Ibid.*, p. CXIV.

Gonzalo Hernández de Oviedo, vecino de la Española, ha tenido cuidado e inclinación de escribir las cosas de las Indias; ofrece llevar adelante su trabajo si se le da algún salario para el gasto de recoger material y mantener un oficial. Parece conveniente para que se ponga en la Crónica de España. El muestra más habilidad que ninguno de los que allí están. Sería bien mandarle discurrir por todas las tierras do no ha estado y enviar los memoriales a este Consejo para que aquí se ordenase y pusiese en la Crónica; y debería dársele ayuda de costa anual.

La respuesta del monarca, fechada el 18 de agosto del mismo año, reza:

Bien es lo que decís que se escriban las cosas de las Indias para que haya memoria dellas, y pues os parece que Gonzalo Hernández de Oviedo lo hará bien, por haber estado tanto tiempo en aquellas partes, por la experiencia y noticia que tiene de las cosas dellas, dadle cargo dello, con tanto que antes que se imprima ni publique lo que escribiere, presente ante Nos una copia para que lo mandemos ver; y por su trabajo yo he por bien que se le den 30.000 maravedíes en cada un año de los que en ello entendiere y ocupare, librados en las restas de aquellas partes; proveedlo así, y que pues se le ha de dar este salario, escriba las cosas de dichas Indias cumplidamente e por buen estilo ¹⁵.

Admirables documentos, en los cuales el monarca, a través de su Secretaría de Estado, se preocupaba incluso de la buena prosa.

En 1533 es nombrado alcalde de la fortaleza de Santo Domingo y el cronista podrá concentrar la energía de sus últimos años en esa vasta *Historia*, tantas veces anunciada en el *Sumario*, y a la cual dedicaría su atención en total por lo menos durante 35 años. Así la impresión de la primera parte de su *Historia general y natural de las Indias* terminaría el 30 de septiembre de 1535 en la propia Sevilla desde donde Oviedo emprende viaje de retorno a su nuevo hogar-fortaleza.

Estos primeros 19 libros que constituyen una cuarta parte apenas de los 50 libros finales que integraran su monumental crónica son un buen atisbo de ella, pero a medida que transcurra el tiempo ellos también se irán modificando, no sólo por nuevos aportes documentales sino también por los cambios, en su concepción de las cosas, que el propio Oviedo va experimentando. La escritura evoluciona: no sólo busca modificar el mundo; incide, en primer término, en quien la redacta.

Este madrileño de origen asturiano, este autodidacta, este cortesano de capa y espada, este hábil comerciante, el hombre que había apresado al cacique Guaturo e iniciado el comercio pacífico en Cartagena, es ahora el cronista asalariado y fiscalizado en su obra por el Estado, el fiel vasallo del Emperador que busca con ella hacer aun más celebrada, acatada, temida y amada la bandera de España. Pero es también muchos otros.

El curioso innato que contempla ahora naturaleza, hombres y costumbres, desplazando su vista por un espectáculo tan amplio como variado, intentando acomodar su mente al impacto vertiginoso de estas nuevas circunstancias. Lo logra, en muchas ocasiones; en otras, la rigidez determinante de su pasado le veda la elasticidad necesaria. «Mucho he oído, mucho he entendido, mucho he visto, mucho he comprendido, mucho he conocido, mucho he palpado, que os declararé», escribe Oviedo ¹⁶, citando a Ca-

¹⁵ Ambos documentos los cita Juan Pérez de Tudela, «Vida y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo», *Ibid.*, p. CXVIII, con las referencias correspondientes.

¹⁶ Oviedo, *General y Natural Historia de las Indias, islas y Tierra Firme del Mar Oceano*, Proemio al libro undécimo o penúltimo de la tercera parte, y cuadragésimo noveno de la *General y Natural Historia*. Madrid, B. A. E.,

tón, y añadiendo que sólo busca «relatar lo que en efecto ha pasado». ¡Pero cuántas cosas han pasado! En el caso de su libro, y en la sola cronología, por lo menos desde 1492 «hasta el presente de 1548», según consigna minucioso.

De ahí que su historia no sea sólo historia; es, como dice Gerbi, «a la vez crónica y cosmografía, botánica y etnografía, un animado bestiario y un libro de prodigios»; deduciendo utilidades de los productos que encuentra y formulando, cada tanto, moralejas, ante los hechos que narra. «Oviedo trata de manera historicista la naturaleza y de manera natural la historia de los acontecimientos del Nuevo Mundo. Es un cronista de los aventureros y de los misioneros; pero es un historiador de las plantas, de los animales y de los hombres americanos»¹⁷. Es también, quien lo duda, el propio hombre que está detrás de su obra, el mismo Oviedo, que se nos va revelando, y cuya propia obra al final nos lo entrega íntegro. La escritura es también auto-revelación y denuncia, celebración y escarnio.

El alcalde en su mirador

Su residencia de 25 años en Santo Domingo, esa llave de las Indias por donde invariablemente habrían de pasar viajeros ilusionados y conquistadores de regreso a su patria, eran un mirador incomparable. Recabar información, comparar versiones, redactar infolios y recibir otros. Algunos de ellos pueden traer consigo perturbadoras noticias. Como lo recuerda José Miranda:

Una de las relaciones enviadas a Oviedo, la de Almagro sobre la expedición a Chile, dispararía de súbito sobre el cronista terrible andanada; uno de sus pasajes refería la trágica muerte del vedor de Castilla de Oro, su hijo Gonzalo, ahogado al atravesar el río Arequipa, en la célebre marcha de regreso al Perú¹⁸.

El libro cobraba vida propia: era su propia vida que se hacía (y se deshacía), allí delante, en esas páginas, quedando registrada. Si no era fácil ser cronista de las Indias mucho menos lo era ser cronista de sí mismo. Por ello sordo, y en constante diálogo consigo mismo, Oviedo buscaba afanosamente hacer imprimir la segunda parte de su *Historia*, casi dos mil hojas, para componer así en tres volúmenes o partes los cincuenta libros, mientras el Emperador, en noviembre de 1542 y junio de 1543, firmaba las famosas «Nuevas leyes de Indias para el buen trato y la preservación de los indios» poniendo fin al ciclo de la conquista propiamente dicha. Era, en consecuencia, la hora de los cronistas.

Pero Oviedo no parecía ya gozar de inalterable buen juicio, para concluir tamaña empresa, si nos atenemos a la solicitud que en abril de 1546 vuelve a hacer, en pro de la gobernación de Cartagena, añadiendo nuevas y delirantes condiciones a su pri-

Tomo CXVII, 1959, p. 233. Sobre los trece «cronistas de Indias», ver el artículo de CLARENCE FINLAYSCH, «Los cronistas de Indias», en *Revista de las Indias*, Bogotá, n.º 105, sept-oct 1948, p. 407-414.

¹⁷ GERBI, *Ibid.*, p. 295.

¹⁸ JOSÉ MIRANDA, «Gonzalo Fernández de Oviedo, alias Valdés», introducción a la edición del *Sumario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1.ª edición: 1950; 1.ª reimpresión: 1979, p. 7-74. La cita: p. 34.

mera petición de 1525. El fiscal que la estudia la considera estrafalaria y Oviedo, de vuelta a España, prefiere dedicarse a recordar su juventud, escribiendo un pequeño libro titulado: *Oficios de la Casa Real de Castilla* o *Libro de la Cámara del Príncipe Don Juan*, una breve mirada sobre el interior de las habitaciones reales, en su mocedad; una mirada nostálgica, también, quien lo duda, a aquellos lugares por donde transcurrió, ay tan lejana, su adolescencia.

Nombrado regidor perpetuo de Santo Domingo prosigue con su *Historia*, llena de observaciones agudas pero dispersas, reiterativas y un tanto incoherentes¹⁹, donde la peripecia humana se subordina a la descripción de la naturaleza y esta se abre, como un inabarcable libro de las maravillas de la Creación, para rendir testimonio de alabanza a Su Autor y al César, por dominar naciones tan bárbaras y territorios tan dilatados. No es para menos. Como lo explica Georges Baudot durante tres siglos y sobre tres millones de kilómetros cuadrados se extendió:

El primer gran imperio colonial de los tiempos modernos, la primera empresa económica y el primer sistema de intercambio, la primera red de comunicaciones, construidos a la escala del mundo; pero también el primer proyecto político, espiritual y misionero que se sitúa en una perspectiva planetaria²⁰.

De ahí la importancia de Oviedo. Ese Oviedo empírico, que por observación directa precisa las especies de este nuevo orbe y se informa, cual reportero contemporáneo, interrogando directamente a los protagonistas de las hazañas, ya sea de viva voz o por carta. En relación con Colombia recuérdese su amistad con Gonzalo Jiménez de Quesada, de quien recibió valiosas noticias remitidas desde Madrid y Sevilla. Recuérdese, entre tantos otros, su contacto con Alvar Núñez Cabeza de Vaca... «Las historias no son de preciar ni de temer en mucho, si con la verdad no son acompañadas».

La postrera disonancia

El hidalgo que sentencia, «El que no fue paje siempre huele a acemilero», proyectará su visión clasista sobre el conjunto, pero la edad, el dolor —enterró dos mujeres, dos hijos y un nieto en el Nuevo Mundo— y la experiencia lo harán matizar en algo su rigidez jerárquica, destacando varias virtudes aborígenes y admirando siempre la naturaleza de estas nuevas tierras. Su autoretrato, a los 77 años, nos permite colarnos, de lleno en su intimidad de anciano: «De las muelas, ninguna tengo, y los dientes superiores todos me faltan, y un pelo en la cabeza y en la barba que blanco no sea; y en septenta años constituí, vivo hasta que el Señor de la vida sea servido». Lo sirvió bien dando noticia en sus *Batallas* y en sus *Quincuagenas* de la Caballería de España, a través de diálogos entre un alcalde y su confidente, donde ese pasado ya mítico se evoca con pérdida aura de edad de oro.

¹⁹ Ver, al respecto, y en relación con Ximénez de Quesada, de quien repite materiales, el minucioso libro de DEMETRIO RAMOS, *Ximénez de Quesada, Cronista*, Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas —Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1972.

²⁰ GEORGES BAUDOT, *La vida cotidiana en la América Española en tiempos de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular n° 255, 1983. p. 9-10.

Religiosidad cristiana, en tantos casos más formal que auténtica; altivo desdén aristocrático, ascetismo y devoción mariana: a través de este prisma van desfilando reyes, príncipes, duques, marqueses, condes y caballeros, como en el dolorido sentir de las coplas de Jorge Manrique, y pasan por estas páginas, concluídas a los 79 años, nimbados a la vez de muerte y de gloria.

Sólo que al volver sus ojos al Nuevo Mundo reconocerá, según Gerbi, ese «tormentoso conocimiento», que constituye la más alta disonancia de su *Historia*.

Saber que es vil el motor de tan altas hazañas, que un ansia impura empuja por océanos y desiertos las armas y los pendones de Castilla a descubrir nuevos mundos y a echar por tierra imperios seculares, a destruir a indios y a españoles en la tremenda ficción del primer choque y quemante contacto (...). Inagotable es su entusiasmo por el oro; incansable su maldición de las riquezas ²¹.

La escurridiza fluidez del mismo, su rapidez para escaparse de las manos de quien lo tiene, por instantes —conquistadores, el Rey, España misma— se trueca, en la metáfora inmemorial, en la vida misma que se le acaba. Como dice Gerbi: «El sólido metal se vuelve de golpe impalpable. (...). Su esplendor flameante se extingue en cenizas. La presa se escapa del puño. Y la mano ferrada, ensangrentada, extendida para agarrar no aprieta sino una sombra»²²: la sombra de la conquista; la sombra de su *Historia*; él mismo, ya convertido en sombra.

Estas mismas manos que habían escrito tantas páginas válidas se cierran, el 27 de junio de 1557, apretando las llaves de la fortaleza, como buen guardián de lo que le había sido encomendado.

Su obra, firmemente enraizada en la España medieval que le dio origen, y en el Renacimiento que le otorgó perspectiva y forma, se proyecta amplia, comprensiva, y generosa sobre la naturaleza del Nuevo Mundo, no así tanto sobre sus habitantes, descubriéndolos con su inquisitiva palabra. Descubriéndonos, también, y explicándolo, ese otro Viejo Mundo que auspició y llevó a cabo tan singular hazaña.

Como dice Elliot:

Soldados, eclesiásticos, comerciantes y funcionarios experimentados en leyes: esas son las clases de hombres de que dependemos para la mayor parte de las observaciones de primera mano sobre el Nuevo Mundo y sus habitantes ²³.

Oviedo, con todas las virtudes, y vicios, inherentes a cada una de ellas, parece resumirlos, ya sea en sí mismo o en su contraste complementario con el Padre de Las Casas. En todo caso, y refiriéndonos a nuestro asunto, el *Sumario*, podemos concluir repitiendo las justas palabras de José Miranda:

El *Sumario* no es un resumen o compendio de la *Historia general y natural*. Es una obra con personalidad propia, en la que Fernández de Oviedo ofrece una visión rápida y sustancial de la naturaleza y el hombre americano, restringida, claro está, a las partes por él conocidas. Su calidad

²¹ GERBI, *Ibid.*, p. 433.

²² GERBI, *Ibid.*, p. 443.

²³ ELLIOT, *Ibid.*, p. 31.

y principal mérito se hallan precisamente en lo que tiene de bosquejo panorámico. Sólo eso bastaría para acreditarla como obra única en su tiempo; pues ninguna otra nos dará en tan poco espacio y de manera tan ponderada y armónica la descripción de aquello que interesaba más al europeo del medio físico americano: lo extraño y diferente, lo que más se alejaba y difería de lo propio, o con ello coincidía menos²⁴.

Hoy, desaparecido el cometido inmediato para el que fue escrita, podemos disfrutarla, libre de cualquier coacción científica o ideológica. Ahora diferencias y semejanzas parecen armonizar, de modo admirable. En ella nosotros los americanos —un término que, no conviene olvidarlo, sólo comenzó a usarse en la segunda mitad del siglo XVIII— podemos vernos a nosotros mismos, retratados en las raíces aborígenes de estas tierras; en la incidencia hispánica, y en nuestro propio hábitat natural, aún intacto. Pero una especie más amplia, la de los simples hombres que entiendan castellano, podrán disfrutar, gozar, y asombrarse con las pocas pero insustituibles páginas de Oviedo. Quisiéramos leer siempre más pero, en realidad, son éstas las necesarias.

Coda con iguana

Elliot nos recuadro como la aspiración general de la época en que Oviedo escribió, ordenando y clasificando animales y plantas, uno tras otro —género próximo, diferencia específica— «dependía de los esfuerzos individuales de los entusiastas» y añade:

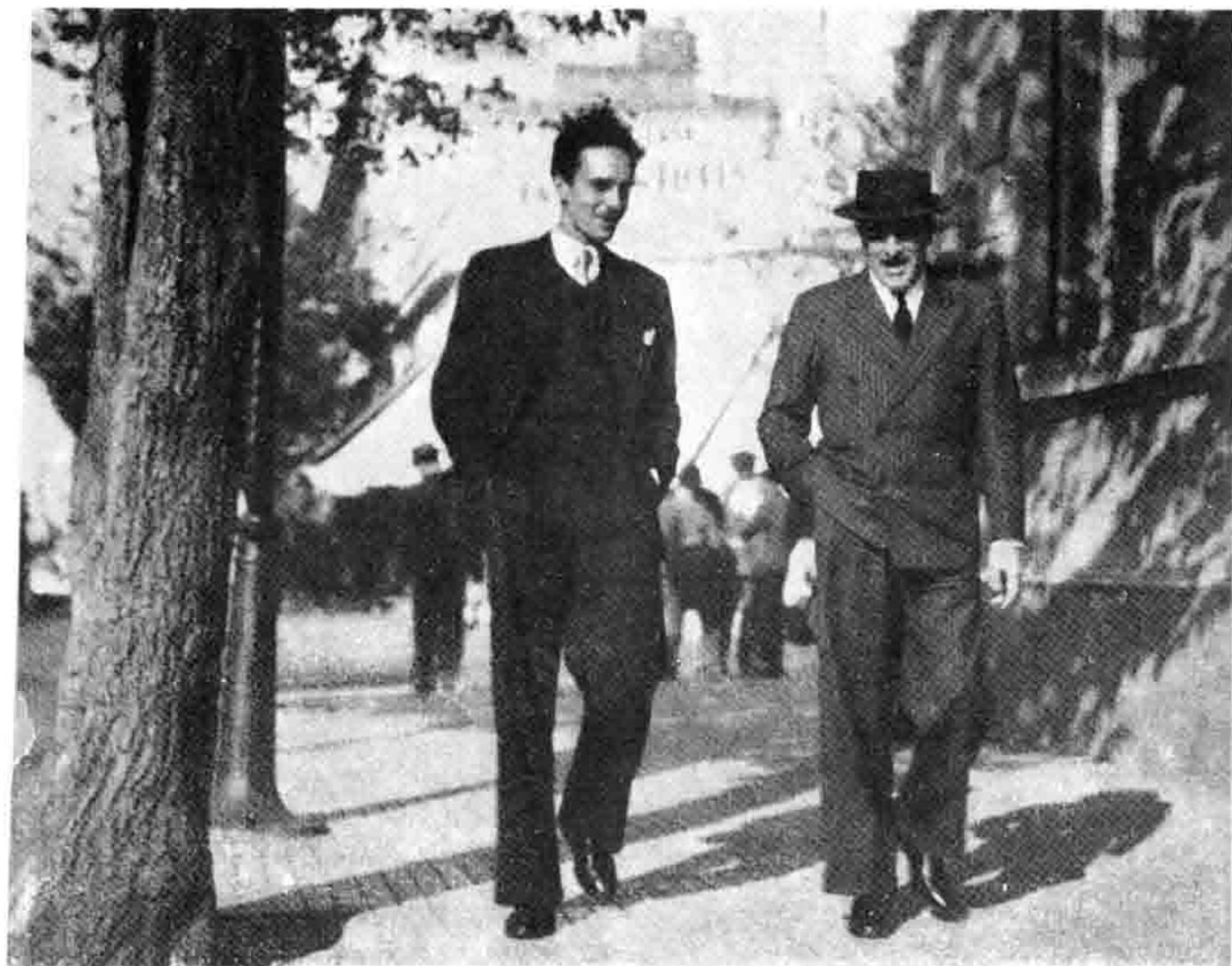
Fernández de Oviedo había hecho esfuerzos heroicos en su época para abarcar la totalidad de los conocimientos sobre el Nuevo Mundo en una gran recopilación enciclopédica, pero una nueva generación, más sofisticada, estaba comenzando a encontrar inadecuados sus métodos. Constituye un símbolo de su quehacer el hecho de que Oviedo en cierta ocasión tomase todas las precauciones para el envío con las mayores seguridades de una iguana viva desde La Española a su amigo Ramusio en Venecia, pero se olvidase de obtener información adecuada sobre sus costumbres alimenticias. Le proporcionó al animal un barril de tierra para su alimentación y la infortunada criatura murió en el viaje.²⁵

No hay por ello de qué lamentarse. La iguana, ese símbolo que debería campear sobre el escudo de Oviedo, siempre tan pagado de sus blasones, vive, como tantas otras cosas, y hasta cuando la letra escrita prosiga su camino en las mentes de los lectores, siempre inasible y siempre nueva, en las páginas que Oviedo le ha dedicado. Vale la pena releerlas, todas ellas, de nuevo, ahora que nos aprestamos a redescubrir, por fin, el Nuevo Mundo, quinientos años después de la llegada de Colón a tierras americanas. No hay para ello mejor guía que el *Sumario de la Natural y General Historia de las Indias* escrito por Gonzalo Fernández de Oviedo.

J. G. COBO BORDA

²⁴ MIRANDA, *Ibid.*, p. 51.

²⁵ ELLIOT, *Ibid.*, p. 52.



Baldomero Fernández Moreno (derecha) con su hijo César, por la calle Rivera Indarte de Buenos Aires, 1941